

ZORAYA

LA SULTANA CRISTIANA DE AL - ÁNDALUS

Novela histórica

de

Miguel Cruz

Inscrita con el N° 98.268 en el Registro de la Propiedad Intelectual

PRIMERA PARTE

A los perseguidos injustamente por causa de la justicia

PRÓLOGO

Isabel de Solís, hija del gobernador de Castillo de Martos, fue secuestrada de modo fortuito durante una de las algaras que las tropas del sultán granadino Muley Hassán hacían con frecuencia por tierras fronterizas. La finalidad del secuestro, práctica muy habitual en uno y otro bando enemigo, no era otra que la de utilizar a los rehenes como trueque por otros secuestrados o a cambio de dinero.

Isabel fue arrebatada de forma súbita y sorpresiva del cuidado de su dueña mientras ambas paseaban por el jardín del castillo, entretenidas en la lectura de un libro y sin que ninguno de los guardianes pudiera hacer nada por evitarlo.

Todavía una adolescente, Isabel ya era una hermosa criatura y, a pesar de que la joven no era objetivo de aquella algará, sino su padre, Don Sancho Jiménez de Solís, hombre rico y poderoso, su secuestrador no pudo sustraerse a su belleza y la incluyó en la redada, estimando que podría obtener buenas ganancias por su venta como esclava a un adinerado mercader.

Al llegar los rehenes de aquella razía a la fortaleza de La Alhambra^(*), el sultán reparó en Isabel y su secuestrador, observando el enardecido interés de su soberano por la joven, consideró que obtendría mayores beneficios si en lugar de venderla en el mercado como esclava se la regalaba a su monarca.

El sultán se enamoró perdidamente de Isabel y, luego de convertirse al Islam con el nombre de Zoraya^(**), se casó con ella, después de repudiar a su esposa, la princesa Aixa.

Dadas las especiales circunstancias familiares de Isabel de Solís, desdeñada por su padre nada más nacer, a pesar de su condición de hija única, su secuestro y reclusión no van a suponer un castigo para ella, sino, andando el tiempo, una liberación.

(*) *En su origen árabe, Kal'at Al-Hamra, Fortaleza Roja. (N. del A.)*

(**) *En árabe, Lucero del Alba. (N. del A.)*

Sora, la narradora en primera persona de los hechos que se refieren en esta historia, fue la fiel servidora personal de Zoraya, favorita primero y más tarde esposa del sultán Abúl Hassán Alí, el Muley Hacén de las crónicas cristianas, padre del último monarca del reino nasrí de Granada, Mohamed Abú Abdallah, más conocido por Boabdil, también hijo de Aixa.

Sora, mujer instruida a pesar de su origen campesino y cuyos conocimientos ampliaría más tarde a lo largo de los años de convivencia con Zoraya, al quedar viuda y perder también su único medio de vida, que era la huerta que tenía en La Vega granadina, Abúl Hassán Alí dispuso que entrara a formar parte de la servidumbre de palacio: Fue el propio sultán quien le asignó la responsabilidad de cuidar personalmente de Zoraya, tarea a la que se entregó con tanto esmero y entusiasmo que, prácticamente, fue la sombra de su señora durante el resto de su vida, convirtiéndose así en privilegiado testigo de todo lo que sucedió entorno a Zoraya, de su vida y de su época.

Como persona que observa, vive y percibe todo lo que ocurre alrededor de Zoraya a lo largo de los años que pasa junto a ella, unidas las dos mujeres por un destino que el azar quiso que fuera común, Sora narra sus vivencias en primera persona, dando así testimonio de su presencia en lo que refiere, y cuando lo que cuenta le ha sido referido, utiliza el pasado histórico.

Ambas mujeres van a vivir acontecimientos tan extraordinarios como los últimos días del esplendor de la dinastía nasrí y su declive hasta su total desaparición; las luchas intestinas de la familia nasrí por el poder y que tanto beneficiaron a los reyes Isabel y Fernando durante el asedio final a Granada; la singularidad del reino de Granada que ofreció al mundo dos sultanes al mismo tiempo; la rendición de Granada y el término de lo que se llamó *La Reconquista*; la cristianización del último baluarte del Islam en la península; la quema de los libros sagrados y de instrucción en Bab-al-Rambla; la expulsión de los moriscos y su radicación en Túnez, Xauen, Fez y Marraquech, y otros sucesos.

Zoraya, dotada de una gran inteligencia, ocupó puestos de confianza en la corte que le permitieron impulsar la igualdad de la mujer en la sociedad de la época y su acceso a la universidad. Influyó en el sultán para que la poligamia dejara de ser tan ostensiva, al menos en la corte, y actuó en numerosas ocasiones como regente, sobre todo durante

las ausencias del sultán y cuando estaba enfermo.

Mujer de extraordinaria belleza, Zoraya despertaba pasiones a su paso, pero siempre se mantuvo fiel a su esposo, del que estaba locamente enamorada, y nadie osó nunca cortejar a la esposa de Muley Hacén – ¡más le valía! – porque jamás concedió la más mínima esperanza.

Sólo cuando Zoraya quedó viuda, su cuñado, Al Zagal, se atrevió a confesarle el enardecido amor que por ella sentía desde el día en que la vio por primera vez, y que, por respeto a la sultana y a la esposa de su hermano, guardó en silencio durante años.

Zoraya llega a concebir la esperanza de restituir el esplendor perdido en el reino de Granada con ayuda de Al Zagal y vivirán juntos una nueva primavera, truncada prematuramente por la forzada ausencia del cuñado, lo que originará la ilusión del reencuentro en algún lugar de África. Al demorarse el ansiado encuentro, la espera va produciendo en Zoraya un amor creciente que, al no poder entregar al hombre amado, se trueca en un amor sobrante que no sabrá encauzar hasta recibir la noticia de la muerte de Al Zagal.

A la muerte de Sora, ocurrida en el convento de Santa Catalina, en Burgos, Isabel de Solís recibió de la madre abadesa un voluminoso legajo, escrito por su sirviente durante los años que pasaron juntas. Son las memorias de Sora, la visión desde el lado musulmán de los acontecimientos de la época.

Después de haber dado sepultura cristiana a Sora en el camposanto del jardín del convento, Isabel de Solís se introdujo en su celda y se entregó emocionada a la lectura de las páginas escritas por su entrañable amiga y fiel servidora, a cuyo término se preguntó, admirada:

"¿Cómo pudo recordar Sora con tanta exactitud los hechos que narra en el momento de escribirlos? Parece como si, en realidad, estuvieran sucediendo en el preciso instante en el que los refiere. Sin duda, gracias a su extraordinaria memoria, fruto de la tradición oral que ejerció durante toda su vida. Algunas de las cosas que relata, yo las ignoraba y las conozco ahora, gracias a su testimonio. Me causa admiración su excelente facultad de recordar lo que vivió, lo que leyó en las crónicas y lo que le contaron, aunque confieso

que, a veces, me desconcierta cuando, al leer lo que escribió, utiliza los verbos en tiempos equivocados, no sé si deliberadamente o no, envolviéndolo todo en una sutil neblina de aparente confusión, juego éste al que tan aficionada era, pero, al final, todo queda felizmente claro”.

INTRODUCCIÓN

La acción transcurre durante los últimos años de la dinastía nazarí en Al-Ándalus, término de la presencia musulmana en la Península, iniciada en el año 711 cuando Tarik desembarca con los bereberes en Gibraltar acudiendo a la llamada de socorro de Ágila, hijo del difunto Witiza, a cuya muerte le sucedió en el trono Rodrigo. Ágila, considerándose con derecho a la corona, pidió auxilio a Musa, gobernador del Norte de África quien, no muy entusiasmado, envió en su nombre a su lugarteniente.

El declive de Al-Ándalus tuvo su origen en la batalla de Las Navas de Tolosa en 1212, donde los almohades sufrieron una estrepitosa derrota frente a las tropas cristianas al mando de Alfonso VIII de Castilla.

La novela narra la historia de Isabel de Solís, la joven y hermosa hija del gobernador del castillo de Martos (Jaén), Sancho Jiménez, que fue secuestrada durante una de las numerosas razias de las tropas del sultán por tierras de la frontera y regalada como esclava al monarca nazarí de Granada, Muley Hacén, padre de Boabdil. Las razias se deban lo mismo en el bando cristiano que en el musulmán y el objetivo no era otro que el de obtener rehenes para cambiarlos por dinero o víveres.

El sultán se enamoró perdidamente de Isabel, que pasó a ser su favorita y, luego de convertirse al Islam con el nombre de Zoraya, se casó con ella tras repudiar a su legítima esposa, Aixa, madre de Boabdil. Muley Hacén y Zoraya tuvieron varios hijos, uno de los cuales, Saad, fue considerado por Aixa como un claro rival de Boabdil al trono de Granada, lo que provocó el inicio de una sangrienta guerra civil.

La novela es una apasionante historia de amor, odio y violencia que se desarrolla, principalmente, en La Alhambra, Granada, Túnez, Fez y Salobreña, en cuya fortaleza pasó Muley Hacén los últimos meses de su vida y en la que murió en 1485. Es el fruto de muchos meses de trabajo de investigación, entrevistas, viajes, visitas y consultas a archivos y fondos históricos, todo lo cual me ha permitido construir la historia novelada de mi heroína, pero sustentada por los hechos históricos.

A lo largo de la novela desfilan personajes como la citada Aixa y sus intrigas para conservar el poder a toda costa después de haber sido repudiada; Ibn-as-Serraj, patriarca de los llamados abencerrajes, confabulado con Aixa para lograr los fines; Boabdil, el último sultán granadino, cuya decisión final sigue siendo motivo de controvertidas interpretaciones sobre su debilidad de carácter y su visión como estadista; fray Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada y contrapunto amable de la violencia desatada por el cardenal Cisneros con su implacable persecución del Islam y del judaísmo; El Zagal, hermano de Muley Hacén y gobernador de Málaga, que se enamoró de su cuñada Zoraya nada más conocerla y guardó en silencio su amor hasta que ella quedó viuda, personaje que ocupa la segunda parte de la novela, y, en lugar destacado, Sora, la amiga y fiel servidora de mi heroína y que tan relevante protagonismo desempeña en la novela como narradora de la historia.

El texto está salpicado de anécdotas, como la partida de ajedrez que mantuvo el que sería sultán Yusuf III con su verdugo en la fortaleza de Salobreña y cómo el juego no sólo le salvó la vida sino que le proporcionó el trono de Granada.

Zoraya no es una leyenda, sino una historia real, aunque escasamente tratada por los escritores, quizá, por falta de documentación o de interés.

En la novela se describe cómo Zoraya desempeñó un papel muy importante en el reino nazarí: persuadió al sultán para que la mujer accediera a lo que hoy llamamos universidad y tuviera protagonismo en la sociedad de la época, e influyó para que la poligamia dejara de estar bien considerada en Al-Ándalus, lo que hizo de Granada un reino singular. También se relata la decapitación del joven príncipe Yusuf, hermano de Boabdil, a manos de un *mizuar*, en Almería, a causa de la confusa y excedida interpretación de una orden de su tío, El Zagal. Cómo y por qué el pico más alto de la península de llama Mulhacén, y otras muchas más anécdotas.

El hijo mayor del matrimonio entre Muley Hacén y Zoraya, Saad, tenía tanto derecho al trono como el primogénito del sultán, Boabdil, lo que provocó el recelo infundado de Aixa, su madre, quien, afrentada como sultana y humillada como mujer, incitó a la rebelión a los granadinos y, si no llega a ser por la renuncia voluntaria de Zoraya al derecho que asistía a su hijo, se habría encendido una guerra civil el mismo día en que se celebraba

su casamiento con el sultán.

Zoraya renunció por amor al pueblo y a su esposo, pero no pudo evitar el estallido de la guerra, que terminó con la entrega de Granada a los reyes católicos en 1492

M. Cruz

CAPÍTULO I

Burgos, Convento de Santa Catalina, año 1520

Las campanas de la espadaña del convento de Santa Catalina tocaban a muerto. Una de las dos únicas seculares que por disposición real formaban parte de la comunidad religiosa con el trato de hermanas, tenía pulmonía y, durante la noche, se agravó sin remedio. Murió en la paz de Dios. Tenía 65 años. El padre Javier, párroco de la cercana iglesia de San Juan, había sido avisado con urgencia dada la gravedad de la enferma para que le administrara los santos óleos cuando aún estaba consciente. La hermana Carmen, que así se llamaba la enferma, abandonaba este mundo sin haber visto el nuevo día. Su cadáver, depositado sobre el jergón que le había servido de lecho durante los años de su estancia en el convento, estaba siendo velado por la abadesa y el resto de las hermanas que, arrodilladas en derredor, rezaban en voz queda.

La madre María, abadesa del convento, se santiguó y se levantó haciendo una señal en el hombro de la hermana Isabel, que estaba de rodillas a su lado y que lloraba sin consuelo la muerte de su compañera, indicándole con el gesto y la mirada que abandonara con ella la celda mortuoria y la acompañara.

Tras recorrer la larga galería que circundaba el patio, las dos religiosas se introdujeron en el aposento que la madre abadesa utilizaba para despachar los asuntos de la comunidad y cuya puerta, como las de todas las celdas de las religiosas, también daba al claustro.

Después de cerrar cuidadosamente y en silencio la puerta de la estancia, la madre abadesa se dirigió al sillón que había detrás de una mesa grande y oscura y tomó asiento. Con amabilidad, invitó a la hermana Isabel a que también se sentara en la silla situada enfrente. En tono confortador, la madre María le dijo:

- Las hermanas se ocuparán de todo.

La madre abadesa y la hermana Isabel, invadidas por la tristeza, se miraron sin pronunciar palabra. Tras un largo mutismo, la madre abadesa rompió el silencio.

- Tengo algo para vos, hermana Isabel. Ella me confió esto hace unos días, cuando em-

pezó a sentirse enferma, y me encargó que os lo entregara tan pronto como yo lo creyera oportuno. Considero que ese momento ya ha llegado.

La madre abadesa acompañó sus palabras poniendo sobre la mesa un pesado paquete envuelto en una tela blanca y atado con una cinta roja que había sacado de un cajón, empujándolo con suavidad hacia el lado en donde se encontraba la hermana Isabel.

De carácter vehemente y apasionado, la hermana Isabel, a pesar de la aflicción que en aquel momento le embargaba, se sintió invadida por un repentino enojo y no pudo reprimir un reproche a su superiora al considerar que las palabras que acababa de oír referidas a su amiga difunta, no eran adecuadas.

- Con todo el respeto que os debo, reverenda madre, ¿por qué decís “ella” cuando os referís a la hermana Carmen?

Visiblemente ofendida, la hermana Isabel no esperó respuesta alguna porque, sin poder remediarlo, se iba apoderando de ella una creciente indignación que explotó en un nuevo reproche.

- ¿Ni tan siquiera en estos momentos en que está de cuerpo presente le vais a dispensar mejor tratamiento que el despectivo “ella” que habéis utilizado durante toda su estancia en este convento, a pesar de mis continuas protestas?

La abadesa conocía muy bien a Isabel y la vida que había llevado. Sabía el valor que para ella tenía la amistad, y la mujer que acababa de fallecer había sido para Isabel no sólo su fiel amiga, sino algo mucho más entrañable y próximo, como una hermana, pues en ella encontró amistad, comprensión, compañía, lealtad y un afecto generoso y desinteresado. Durante mucho tiempo, la hermana Carmen había sido toda la familia con la que podía contar Isabel, lo mismo que Isabel había sido todo lo que tenía la hermana Carmen en este mundo. El curso de la vida hizo que Isabel y Carmen vivieran juntas acontecimientos únicos y extraordinarios que terminarían por unir las en un destino común.

La madre abadesa, en tono conciliador, respondió:

- Lo siento, hermana Isabel. No me lo toméis en cuenta, os lo ruego. Es la falta de cos-

tumbre.

Unas lágrimas de dolor y de rabia contenida resbalaron por las mejillas de Isabel. La madre María, con voz amable, le pidió calma y le recordó su llegada al convento.

- Hace unos años que llegasteis aquí, Isabel, y os acogimos como una hermana más, con renuncia a vuestro rango y tratamiento, acompañada por vuestra sirvienta, que en paz descanse.

La abadesa se interrumpió por un instante. Hablaba mirando con comprensión a su interlocutora. Tras un silencio, continuó afectuosa:

- Después de aquel desgraciado suceso de Martos que os arrebató, no sólo de las manos de vuestro padre sino, también, de las de Dios, fuisteis cristianizada por segunda vez, a pesar de que ya lo erais por el bautismo recibido al nacer en un hogar cristiano.

La hermana Isabel escuchaba atenta y la madre abadesa hacía seguir silencios a sus frases, buscando en su memoria los recuerdos que afloraban.

- ¡Gracias a Dios y a nuestra amada reina Isabel, que en gloria esté – continuó la madre abadesa -, hoy os encontráis aquí, en este convento, redimiendo con la oración y en la fe en Jesucristo las faltas de vuestro pasado! La reina, que fue llamada por Dios de este mundo hace 16 años, os distinguió con su filial afecto y quiso que su propio confesor y sacerdote de confianza, el sabio y prudente fray Hernando de Talavera, se ocupara de vos y os recondujera por el camino de la Verdad. Hoy sois un testimonio más de nuestra fe.

Tras unos instantes de íntima reflexión, la abadesa añadió:

- No le pareció oportuno a nuestra amada reina encomendarle esta delicada tarea a su otro confesor, el cardenal Cisneros, porque consideraba que sus métodos eran ...

La madre abadesa se interrumpió de nuevo, buscando las palabras adecuadas.

- ¿Cómo debería decir? – dudó - ¿Demasiado expeditivos?

Al oír el nombre de Cisneros, los recuerdos que vinieron a la memoria de Isabel le provocaron un sentimiento de amargura y de repulsa que su semblante no pudo disimular. Su gesto y su mirada expresaban cómo iba en aumento su enojo hasta alcanzar una gran agitación. La rabia y la ira se proyectaban en su rostro, en sus manos, en todo su cuerpo. No pudo contenerse:

- Yo, en su lugar, madre abadesa, después de lo que hizo Cisneros en la plaza de *Babal-Rambla*^(*) con los libros sagrados y, también, con los no sagrados, todos ellos celosamente guardados en la universidad, en las bibliotecas, en las madrazas y en los hogares de los granadinos, diría que el cardenal era un perverso y un ignorante. ¡Funesta fecha para el recuerdo, febrero de 1501!

La madre abadesa protestó con un ademán reclamando moderación, llevándose los dedos a la boca:

- ¡Por Dios, hermana Isabel! ¿Cómo os atrevéis?

Isabel replicó de inmediato:

- No es cuestión de atrevimiento, madre, sino cuestión de realidad.

La hermana Isabel miró con fijeza a la madre María y le dijo:

- ¿Sabéis, acaso, madre, qué encerraban aquellos libros que tanto temía el cardenal y que mandó quemar? Sí, claro que lo sabéis. Sólo un necio tan ignorante como el presuntuoso y prepotente Cisneros podía haber cometido tamaño crimen. Aquellos libros y pergaminos que fueron pasto de las llamas y que se podían contar por decenas de miles, eran, no sólo el Corán, libro sagrado que Dios reveló a Mahoma por mediación del arcángel Gabriel y considerado modelo de la lengua y literatura árabes, sino libros de ciencia, de medicina, de filosofía, de arte, de astronomía, de matemáticas y de todas las materias del conocimiento.

Isabel hizo una pausa para recuperar el resuello y continuó:

^(*) En árabe, *Puerta del Arenal o del Río*, conocida hoy como *Plaza de Bibarrambla*, ya que, originalmente, la plaza se situaba en la orilla arenosa del río. (N. del A.)

- Hasta unos cuatro mil libros y varios miles de pergaminos que contenían todo el saber universal, heredado de griegos y romanos, fueron quemados junto a los de ciencia y literatura de los árabes. Los árabes tradujeron con mimo y pulcritud a los clásicos, salvando para nuestros tiempos las ciencias de los antiguos. Obras de Platón, de Aristóteles, de Galeno, de Hipócrates y de tantos otros sabios del mundo antiguo se convirtieron en cenizas. Otros libros igualmente valiosos, las crónicas, que no son sino la historia del mundo y que constituyen la memoria de la Humanidad, en un instante también las convirtió en cenizas el cardenal con una tea.

Tragó saliva y añadió:

- El cardenal se justificaba diciendo:

"¿Qué importan unos cuantos libros y unos rollos de pergamino? Es el justo precio que deben pagar esos infieles por haber vivido en nuestras tierras durante 800 años."

Sacudió la cabeza con un ademán de visible repulsa y dijo:

- Cisneros se frotaba las manos mientras observaba con deleite el incendio desde uno de los balcones del palacio que se hizo construir delante de la derribada Mezquita Mayor, convertida en catedral, y enfrente del edificio de la Inquisición.

Isabel se interrumpió bruscamente e hizo un gesto que preocupó a la madre abadesa.

- ¿Vais a vomitar, hija mía?

A la hermana Isabel le vino una arcada y se llevó una mano a la boca. Tras unos instantes de vacilación, pareció volver a la normalidad y continuó:

- Como bien sabéis, madre, de todas partes del mundo venían a Granada a estudiar. De Damasco, de Egipto, de Venecia, de Túnez. En Granada estaba la universidad más importante de entonces, la más moderna, la más avanzada, creada en 1349 por el gran protector de las ciencias y las letras, el sultán Yusuf I, que moriría asesinado cinco años más tarde mientras oraba en la mezquita. Los maestros granadinos eran respetados y admirados por su sabiduría y reputación. Todo el conocimiento de todas las ciencias y las artes estaban en los libros que con tanto esmero se guardaron

durante siglos en Granada y que fueron quemados por Cisneros con tanta premura como desvergüenza.

Afortunadamente, pero con total riesgo de sus vidas, algunos granadinos conscientes del crimen que se estaba cometiendo, ignoraron las órdenes del cardenal y lograron preservar para la posteridad, librándolos del fuego, unos trescientos libros y manuscritos que, andando el tiempo, verían la paz en las bibliotecas de Túnez y de Fez.

Isabel aprovechó la oportunidad que la ocasión le brindaba para expresar sus sentimientos sobre lo que sucedió aquella fatídica noche de la quema de libros, y se despachó a gusto. Respiró hondo y, tras una nueva y breve pausa, prosiguió:

- Los musulmanes de Al-Ándalus y, particularmente, los de Granada, ofrecieron a la Europa cristiana una civilización superior que no apreciarán en su justo valor hasta que transcurran muchos años. Pero Cisneros, con su autoritarismo indomable, con sus persecuciones represoras y su enfermiza intolerancia, se encargó de destruir en un santiamén lo más valioso que poseía este pueblo: su cultura.

Llegado a este punto, la madre María interrumpió:

- Bueno, bueno, hermana Isabel, no os exaltéis, que no estamos aquí para hablar de Cisneros. El cardenal murió hace ya tres años y es conveniente que lo dejemos en paz.

Sin oír a la madre abadesa o haciendo como si no la oyera, Isabel continuó resuelta afirmando la firmeza de sus convicciones, liberando el dolor y la rabia que durante años se había visto obligada a reprimir.

- Las llamas del incendio de Cisneros – prosiguió con amargura Isabel - no sólo se llevaron el saber, sino que sumieron a Granada en la ignorancia. ¿Cuánto tiempo necesitará Granada para recuperar, si es que lo consigue, el esplendor de otras épocas? ¡Claro, era lo que el cardenal, en nombre de sus reyes y de la Inquisición, quería, porque es más fácil gobernar a un pueblo ignorante que a un pueblo sabio, y mucho más cuando, después de la humillación de la conquista, se le priva de su

cultura, de sus libros sagrados y se le impone el bautismo por la fuerza! Privado un pueblo de sus raíces, es fácil someterlo para, luego, destruirlo.

Isabel, a pesar de la aflicción, se mostraba sarcástica.

- Aquella hazaña de Cisneros hizo descender Al-Ándalus al mismo nivel de incultura que Castilla y que el resto de la Cristiandad. ¡Qué inteligente fue Cisneros! O, quizá, debería decir: ¡Qué inteligentes fueron los reyes!

Llaman bárbaros e infieles a los musulmanes y han sido los cristianos los que han

destruido mezquitas, bibliotecas, escuelas, monumentos, mientras los moros, como dicen los cristianos con desprecio al referirse a los árabes, ignorando que es el nombre correcto, de la antigua Maures, respetaron y conservaron los monumentos, los libros y las obras de arte de la antigüedad.

Isabel hizo una nueva pausa. Miró fijamente a la madre abadesa y se preguntó, dirigiéndose a ella:

- ¿Qué hicieron los cristianos, nada más ocupar Granada, con la Mezquita Mayor y con la de La Sabika? ¿Se podrá justificar con otra razón que no sea la sinrazón de la fuerza por qué se destruyó el Patio de Comares, en La Alhambra, para que el emperador Carlos se hiciera construir un palacio que nunca habitó?

Luego, continuó afligida:

- Los musulmanes no quemaron Biblias para imponer el Corán, ni destruyeron iglesias para edificar mezquitas. Vivieron en armonía con cristianos y judíos y nadie fue forzado a abandonar sus creencias para convertirse al Islam. ¿Quiénes son los bárbaros, madre abadesa?

La madre María no pudo evitar un gesto de complicidad, pues no ignoraba que el franciscano Cisneros fue más político que sacerdote, o un sacerdote político, y que llegó a las más altas esferas del poder como cardenal, primero, y como regente, después, gracias a su especial destreza para moverse con maestría entre lo religioso y los negocios del gobierno.

La abadesa sabía que Cisneros inspiró una política de fanática represión contra los que él llamaba infieles, que él mismo inició en Castilla. Movido por su ambición, intrigó y tuvo la habilidad de hacerse amigo de fray Torquemada, el gran inquisidor dominico y también confesor de los reyes, al que más tarde sucedería en el tribunal eclesiástico.

La madre María no ignoraba que Cisneros aplaudió los métodos de Torquemada y que no tuvo impedimento alguno para actuar en la recién conquistada Granada llevando a cabo una terrible represión contra los granadinos musulmanes y judíos como antes lo hiciera en Castilla, siendo arzobispo de Toledo. La reina Isabel tuvo desavenencias con él por la dureza con la que actuaba, pero el cardenal, a la muerte de la soberana, se salió con la suya persiguiendo, sometiendo y, finalmente, expulsando a los moriscos supervivientes de las matanzas, lo que permitió amasar una ingente fortuna con las propiedades y bienes arrebatados que se repartieron la Iglesia, los prelados y los caballeros que intervinieron en la guerra de *La Reconquista*.

La abadesa era consciente de que Cisneros dejó muy mal recuerdo en Granada y ella misma mostró a la reina su desaprobación sobre la conveniencia de la que se vanagloriaba el cardenal en hacer desaparecer la cultura, la lengua, la religión y las costumbres de los granadinos musulmanes, de forma tan brutal como despiadada, para imponer por la fuerza la fe de Jesucristo.

De pronto, Isabel se vio sorprendida al ver dibujarse en la boca de la madre abadesa una extraña y maliciosa mueca. Ante la mirada desconcertada de Isabel, la madre María dijo:

- ¿Recordáis, hermana Isabel, lo que decían los granadinos recelosos cuando veían caminar a Cisneros sobre la nieve?
- Decídmelo vos, madre – respondió extrañada.
- Decían: "No hay que fiarse nunca de ese fraile que anda en sandalias por las nieves de Granada, maldiciendo, a cada paso que da, el frío que se le mete por los pies y jurando hacérselo pagar al primer moro que se cruce en su camino"

Isabel movió la cabeza mostrando su rechazo hacia el cardenal y, con brusquedad, interrumpió los pensamientos que habían aflorado a la memoria de la abadesa, diciendo:

- Un pueblo vencido y humillado desaparece pronto y vos sabéis muy bien, madre, que los reyes, en las capitulaciones de Granada, establecieron ante testigos y por escrito, que los ritos, la religión, la lengua, las ropas, las leyes y las costumbres musulmanas serían respetadas. Sin embargo, Cisneros, después de tomar posesión de la diócesis granadina, decretó la conversión forzosa de todos los musulmanes "porque la promesa hecha al infiel no tiene por qué ser respetada. Al fin y al cabo, sólo son unos garabatos sobre una piel de animal", decía el cardenal.

Cisneros, haciendo caso omiso de la palabra escrita que los soberanos habían dado a los musulmanes de Al-Ándalus en la persona de Boabdil, no respetó los términos de las capitulaciones acordadas entre el sultán y los propios reyes, y emprendió la represión y el sometimiento como pasos previos a la total desaparición del Islam. La comunidad morisca, vencida y humillada, se enfrentó entonces al dilema de perder definitivamente su identidad o emprender viaje hacia el exilio.

En cualquier caso, madre María, con Cisneros se truncó la coexistencia enriquecedora de las varias culturas y religiones que durante siglos habían tenido un suelo común y pasará mucho tiempo antes de que Al-Ándalus, o lo que de él quede, salga de la mediocridad en la que lo sumió Cisneros al expulsar a judíos y moriscos y, con ellos, el conocimiento y la cultura.

A la quema de libros de instrucción y de ciencia, Cisneros unió la prohibición para los musulmanes de hablar y escribir en árabe, lo que determinaría el fin de la lengua y de la tradición oral. También se les privó de su intimidad al prohibirles cerrar las puertas de sus casas. Los baños se destruyeron porque creía Cisneros que eran lugar de conspiraciones. Pero lo más humillante fue que a los moriscos se les obligó a que los hijos nacidos en el matrimonio fueran bautizados, y si los padres se resistían, eran detenidos y enviados a la hoguera acusados de herejes y de rebeldes.

Cisneros se prometió a sí mismo:

"Si los padres no fueron buenos cristianos, sí lo serán sus hijos, nietos y descendientes."

Los mudéjares que no aceptaron la conversión forzosa y eligieron el exilio como única vía para preservar sus costumbres y religión, se vieron obligados a vender sus casas y

propiedades por muy poco dinero, a veces sólo a cambio de la vida, a caballeros y señores al servicio de los reyes cristianos que habían intervenido en la guerra de Granada con la promesa de participar en el reparto de tierras y riquezas. Los reyes recompensaban así las fidelidades de sus caballeros.

Estos nuevos propietarios, enriquecidos con los expolios de la guerra, dieron origen a una nueva clase social, hasta entonces desconocida en Granada, llena de privilegios y adinerada, pero que se quiso distanciar rápidamente del pueblo llano, unos para ocultar su repentina opulencia y otros para evitar la envidia y el saqueo de los menos favorecidos en el reparto. Los que no pudieron hacerse a tiempo con un hermoso carmen o despojar de sus tierras al primer mudéjar que se cruzara en su camino, acechaban al nuevo propietario cristiano y, si podían, lo degollaban para adueñarse de sus recientes heredades. Nació en Granada la envidia y la usurpación, tan contrarias al Islam, madre abadesa.

Isabel se tomó un nuevo respiro. La madre María la miraba comprensiva. Isabel, presa de la indignación que le suscitaba el recuerdo del cardenal, no podía contenerse:

- Las repoblaciones sistemáticas de Las Alpujarras que decretó seguidamente Cisneros, haciendo traer para este menester a campesinos de Asturias, de Galicia y de Cantabria, entre otros lugares, no harán sino acentuar aún más las diferencias entre los nuevos señores de Granada, por una parte, los recién llegados, por otra, y, finalmente, los moriscos afincados. Este distanciamiento se vio favorecido por lo abrupto de los territorios y la natural escasa sociabilidad de las gentes venidas del norte.

Esta nueva situación provocó gran descontento entre los moriscos, gente laboriosa y trabajadora de vida austera que, con su natural sobriedad y su tradicional experiencia de los oficios del campo, hacían fecundas las tierras más estériles. Pero su tenaz apego al Islam y a sus costumbres ancestrales, los hizo blanco del odio y la envidia de los repobladores. Así, a la despiadada y brusca asimilación promulgada por Cisneros, los moriscos vieron añadir a sus sufrimientos las vejaciones de los recién llegados, que los empujaban a la desesperación con su arrogancia, sus latrocinios y la insolencia con la que se apoderaban de sus bienes y sus mujeres.

A Isabel le vino otra arcada. La madre María se inquietó de nuevo y se levantó para pres-

tar ayuda.

- ¿Estáis mal, hermana Isabel? Quizá sería conveniente dar por terminada la charla que nos ha traído hasta aquí. ¿Queréis un poco de agua?
- No, madre, os lo agradezco. No es nada. Ya se me pasará, pero os ruego que me dejéis proseguir. Hace mucho tiempo que deseaba expresar lo que durante tanto tiempo he venido callando por no encontrar oportunidad.
- Si así lo queréis, hija mía, seguid, pero sed breve, os lo ruego. No creo que os haga bien tanto desahogo – aconsejó la abadesa con benevolencia.

Aquella breve interrupción favoreció que a la mente de Isabel acudiera el recuerdo de otro triste acontecimiento de los muchos que protagonizara el cardenal.

- A propósito de la situación tan agitada que se vivió en Las Alpujarras hacia 1500 - recordó Isabel -, cuando se temía que, desde el interior de la península, los moriscos colaborasen con los turcos, Cisneros solía quejarse al gobernador de Granada en estos términos:

"Si por mí fuera – decía encolerizado -, acabaría con el descontento de esa gente capturando a los cabecillas, y yo mismo los llevaría a la hoguera para quemarlos vivos. ¡Qué gran pérdida para la Iglesia la muerte de Tomás de Torquemada!"

A lo que le contestó el gobernador:

"¿Cómo? ¿Provocáis primero el descontento de los moriscos y ahora mostráis sorpresa porque, a gritos, manifiestan su malestar? Os recuerdo, cardenal, que habéis sido vos y sólo vos quien ha propiciado el levantamiento."

Cisneros le respondió:

"Sí, pero el resplandor de la gloria del descubrimiento de un mundo nuevo y el hallazgo de tierras inmensamente ricas, despertará la codicia y el ansia de conquista, y todos querrán participar de ellas, lo que hará que nadie repare en lo que aquí se está llevando a cabo con los moriscos, y todo quedará como si se tratara de un simple